

Primer Congreso Nacional de Estudios Interdisciplinarios sobre Diversidad Sexual y de Género. Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (Escuela IDAES), General San Martín, 2024.

# “El error gay” o el porvenir de las disidencias sexuales: lo que el Archivo Puig vuelve para decir.

Villagarcía, Martín.

Cita:

Villagarcía, Martín (2024). *“El error gay” o el porvenir de las disidencias sexuales: lo que el Archivo Puig vuelve para decir*. Primer Congreso Nacional de Estudios Interdisciplinarios sobre Diversidad Sexual y de Género. Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales (Escuela IDAES), General San Martín.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/congresodiversidad/16>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eUcC/d42>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

## **“El error gay” o el porvenir de las disidencias sexuales:**

### **lo que el Archivo Puig vuelve para decir**

Martín Villagarcía

UBA/UNLP/CONICET

En septiembre de 1990, la revista *El porteño* publicó de manera póstuma el artículo “El error gay” de Manuel Puig. Allí, el escritor afirma: “La homosexualidad no existe. Es una proyección de la mente reaccionaria”. Si bien esta hipótesis puede ser leída de manera aislada, el estudio de su archivo permite verificar que responde a un proceso creativo exhibido en sus intervenciones públicas desde la década del '70. Leída a la luz de los estudios de género, esta afirmación puede pensarse como el corolario final de su política sexual.

Cuando Manuel Puig ingresó al campo literario en 1968 con *La traición de Rita Hayworth*, el diálogo con la crítica se concentró en su origen extraliterario, y el trabajo de transposición de técnicas cinematográficas a la literatura. En 1969 publicó su segunda novela, *Boquitas pintadas*, y le colocó como subtítulo la palabra “folletín”. A la manera de un pacto de lectura, Puig instaló en el umbral de su libro una palabra que habilitó una nueva discusión sobre la sexualidad que el devenir de su obra daría curso. Al respecto comentó: “los géneros menores están en las mismas condiciones que las mujeres en los países machistas, se goza con ellas pero no se las respeta” (Romero, 2006: 112).

En 1969, mientras Puig publicaba *Boquitas pintadas*, Kate Millet defendía en la Universidad de Oxford su tesis doctoral, que sería publicada al año siguiente con el título *Política sexual*. Allí, Millet afirma que “el coito no se realiza en el vacío” (Millet, 2010: 67), sino que “se halla tan firmemente arraigado en la amplia esfera de relaciones humanas que se convierte en un microcosmo representativo de las actitudes y valores aprobados por la cultura” (Ibíd.). El coito es, entonces, un modelo de política sexual, es

decir un “conjunto de relaciones y compromisos estructurados de acuerdo con el poder, en virtud de los cuales un grupo de personas queda bajo el control de otro grupo” (Millet, 2010: 68). En *La traición de Rita Hayworth* y *Boquitas pintadas*, Puig plantea una tesis similar, donde el poder queda en manos de los hombres y en desmedro de las mujeres y las minorías sexuales. Estas reflexiones, que pueden leerse en las páginas de sus novelas, cobran fuerza en sus reportajes de la década del '70 a partir de su contacto con el Frente de Liberación Homosexual (FLH).

Fundado en 1971, el FLH se planteó inicialmente como un espacio de discusión, pero la coyuntura política de la Argentina obligó al Frente a convertirse en un organismo de reclamo para la derogación de los edictos policiales homofóbicos y la liberación de los homosexuales detenidos en la cárcel de Devoto. Si bien el paso de Puig por el FLH fue limitado, la experiencia marcó un antes y un después en su carrera literaria y las hipótesis sostenidas por Puig a partir de ese contacto entran en diálogo con muchos de los argumentos esgrimidos en “Sexo y revolución”, el manifiesto del Frente. El texto, redactado por Néstor Perlongher y Alejandro Jockl en reuniones del Grupo Eros (el ala más radicalizada del FLH) y distribuido por primera vez en noviembre de 1973, tenía por objetivo “precipitar, a través de la agitación callejera, una revolución social y sexual” (Fernández Galeano y Queiroz, 2021: s/p).

Por aquel entonces, Puig acababa de publicar *The Buenos Aires Affair* y durante el proceso creativo de la novela sus reportajes comenzaron a impregnarse de política sexual. Entrevistado en 1973 para el periódico *La Capital* de Rosario acerca del origen de la novela, Puig afirma: “llegué a la conclusión que el origen de la explotación era la represión sexual” (Romero, 2006: 67). En otro reportaje del mismo año recalca: “La represión sexual es una de las armas principales del capitalismo” (Romero, 2006: 91). Hacia el final de esa entrevista, se le pregunta a Puig: “¿Por qué te parece que los

movimientos de liberación social se ponen tan reaccionarios cada vez que se trata el punto sexual, inclusive que lleguen a defender una posición de puritanismo similar al de la Iglesia católica y al del partido comunista?” (Romero, 2006: 93). A lo que Puig responde:

Al endurecimiento, creo. La gente que lucha (esto es muy feo, no sé si tendría que decírtelo) y que está decidida a morir, en cierto modo niega la posibilidad del goce. El goce viene a ser una cosa que estorba porque lo que importa en este momento es dar la vida por cambiar el régimen, tal vez sea el único modo; una actitud así casi suicida (...). Ahora, una vez que se establece un régimen socialista, no veo por qué insistir en la represión. Personalmente, yo creo más que nada en la bisexualidad. La liberación sexual es la posibilidad de goce con una persona, con una mesa, con cualquier cosa, porque el sexo es el elemento de juego que se tiene para alegrar la vida. No veo conflicto entre marxismo y liberación sexual (ibíd.).

El conflicto, por más que Puig no lo viera, era real y constituía uno de los grandes obstáculos que enfrentaba el FLH a la hora de consolidarse como una fuerza política. La liberación sexual no tenía lugar en la revolución popular que el peronismo más progresista y la izquierda esperaban que estallara en cualquier momento. Puig propondría una resolución utópica a este conflicto en *El beso de la mujer araña*. En la cárcel de Devoto y durante el gobierno de Isabel Perón, Molina y Valentín, una marica y un militante de izquierda, deben compartir una celda y descubrir cómo vivir juntos. A través de la palabra, los dos presos empiezan a conocerse. Para pasar el tiempo, Molina cuenta películas y a cambio, Valentín intenta “educarlo” políticamente. Sin embargo, termina siendo él quien tiene algo que aprender y gracias a Molina, consigue abrir la jaula de su sexualidad.

En sintonía con los debates que se mantenían al interior del FLH, Puig intervino la novela con una serie de notas al pie informativas sobre la homosexualidad. Luego de citar innumerables fuentes teóricas, en la última nota y enmascarado en la voz de una supuesta doctora danesa llamada Anneli Taube, Puig introdujo por primera vez su hipótesis sobre la sexualidad. Allí reconoce el inconformismo revolucionario del homosexual, en tanto implica una resistencia a los roles de género impuestos por la sociedad. Sin embargo, advierte que los homosexuales son “recapturados” por los

modelos propuestos por la burguesía heterosexual al identificarse con el valor contrario al supuesto, “aburguesando” la homosexualidad al trasladarse la misma dinámica binaria, pero invertida.

*El beso de la mujer araña* ubicó a Puig en el centro de la discusión con respecto a las disidencias sexuales y los reportajes que siguieron a su publicación le permitieron seguir desarrollando su política sexual. En una entrevista realizada por Marcelo Coddou para la revista *The American Hispanist* en mayo de 1977, afirmó:

Estoy convencido de que la escuela de la explotación está en la pareja, en la primera célula y que de allí se traslada al campo de trabajo. En la actitud del hombre fuerte, se da el primer paso que conduce a esa necesidad suya de dominio. Este modo de ocultarse -forma de cobardía, en definitiva-, le lleva a no mostrar su vulnerabilidad, sus dudas, sus flaquezas. La primera víctima del machismo es el hombre mismo, que se condena a un escamoteo de sí, al no admitir que es de la misma masa que su hembra... Creo en la bisexualidad esencial de la persona, sólo posteriormente especializada por imposición del sistema. Y no habrá liberación verdadera que no incluya la liberación sexual (Romero, 2006: 140)

Puig retoma un argumento que las teorías de la liberación (la suya incluida) toman de Freud, acerca de una presunta naturaleza bisexual de la libido anterior a la represión impuesta por el patriarcado, aquella que correspondería al “perverso polimorfo”. Sin embargo, hay allí un problema fundamental, que es la naturalización de la orientación sexual. En este punto resulta interesante pensar la propuesta de Puig en relación a los lineamientos teóricos que estaban desarrollando por la misma época dos pensadoras feministas: Monique Wittig y Adrienne Rich. Según Wittig, el pensamiento heterosexual designa un sistema político basado en la distribución binaria de la sociedad en categorías de sexo según criterios biológicos y el uso de los genitales como marcadores de identidad sexual. A estos dos sexos se les asignan dos géneros, a los que corresponden características, roles sociales, una orientación sexual hacia el sexo opuesto y un destino: ser madre o padre y proporcionar ciudadanos a la nación. Este pensamiento propaga “una versión científica de la realidad social en la que los humanos son dados como invariantes, no afectados por la historia, no trabajados por conflictos de clase, con una psique idéntica

para cada uno porque está programada genéticamente” (Wittig, 2006: 46-47). Partiendo del concepto marxista de clase, Wittig considera los sexos como clases antagónicas y jerárquicas, y refuta cualquier explicación biológica para la opresión y explotación de las mujeres. Hombres y mujeres son categorías políticas, históricamente construidas para justificar la dominación a través del sistema político heterosexual. En términos similares se posiciona Adrienne Rich en su ensayo “Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana” de 1980, donde advierte:

no ser capaces de analizar la heterosexualidad como institución es como no ser capaces de admitir que el sistema económico llamado capitalismo o el sistema de castas del racismo son mantenidos por una serie de fuerzas, entre las que se incluyen tanto la violencia física como la falsa conciencia (Rich, 2019: 32)

Luego de la publicación de *El beso de la mujer araña* Puig va a intentar socavar, como Wittig y Rich, cualquier idea esencialista acerca de la identidad sexualidad sin importar su orientación. Este viraje en su política sexual responde a los cambios provocados por los movimientos de liberación sexual y la incipiente identidad gay. En palabras de David Halperin, recuperadas por Mariano López Seoane:

Si bien la liberación gay (...) no fue directamente responsable de la invención de la masculinidad gay, la década de 1970 asistió a la generalización de las nuevas estilo genéricos conformistas, que pasaron a ser hegemónicos en los mundo sociales gays masculinos que aparecieron en los centros metropolitanos de los Estados Unidos. Como resultado, las formas anteriores y desviadas de practicar la homosexualidad comenzaron a parecer cada vez más arcaicas. La ideología del periodo posterior a Stonewall alentaba positivamente el rechazo de las formas de comportamiento gay y lésbico previos, supuestamente abyectas y producto del auto-desprecio. Para fines de los 70, la vida gay masculina pasó a distinguirse por la hegemonía de la cultura enfáticamente masculina del ‘clon’ gay, que buscaba desterrar la polaridad de género y los juegos de rol asimétricos de la homosexualidad. Ciertos estilos genéricos privilegiados, como el gay masculino y viril, y ciertas prácticas sexuales aprobadas, como los roles sexuales igualitarios, fueron promovidos y valorizados activamente. Pero no fueron promovidos como estilos o como roles, como performances del sexo y el género. No, se los valorizaba como reflejo de una homosexualidad saludable y liberada, como verdades universales sobre la homosexualidad y signos de su expresión natural y no distorsionada. Y se los contrastaba orgullosamente con los estilos gays anteriores. (López Seoane, 2023: 52)

Puig fue testigo privilegiado de este proceso de transformación durante su estadía en Nueva York a fines de los ‘70. En abril de 1979 concedió una entrevista para la revista

*Christopher Street* y, con respecto a la situación de los homosexuales en Estados Unidos comentó: “En este país ha habido un avance muy grande, quieren elaborar un nuevo respeto propio –los movimientos de liberación, etc.– la manera en que crean sus propios lugares. Para mí todo eso tiene un aspecto muy positivo: respeto propio” (Romero, 2006:183). Sin embargo, advierte:

al mismo tiempo veo gran peligro en la actitud americana. Los homosexuales americanos tienden a pensar en sí mismos como totalmente diferentes de los heterosexuales, y a segregarse a sí mismos drásticamente, lo que significa negar el verdadero origen de todo esto. Para mí, la única sexualidad natural es la sexualidad total (Ibid.)

En su respuesta, Puig da un pequeño pero significativo paso al costado de sus afirmaciones anteriores, deja de lado aquella presunta “esencia” bisexual que proclamaba, y se refiere ahora a una “sexualidad total”. En 1984 vuelve sobre esta hipótesis en una conferencia titulada “La pérdida de un público”, donde alcanza el siguiente y último punto de su desarrollo argumentativo:

Es innegable lo que los grupos de liberación gay han logrado en el campo de leyes laborales, etc. Pero (...) existe el peligro de reforzar las paredes del gueto y solamente aumentar la alienación. Estoy por la integración. Y en temas sexuales sólo veo una manera (radical) de clarificar el aire, sé que puede sonar utópico pero antes que nada una cosa debe darse por sentado: el sexo no tiene peso moral, es una actividad de la vida vegetativa, tal como comer y dormir. (...) El sexo es un acto de total insignificancia, todo diversión y juegos mientras los participantes lo consientan. El sexo no debería definir nada. Pero, hace muchos siglos que el concepto de pecado sexual fue inventado y eso arruinó todo. Parece ser que fue idea de un hombre, algún perverso patriarca vicioso que creó los roles de "santa esposa" y "mujer callejera" para obtener el excitante contraste entre la mujer dentro de la casa y fuera de ella. La humanidad está pagando por esa viciosa idea desde entonces. En el momento en que le da al sexo una dimensión moral lo adultera, ya que su naturaleza es inocente en sí misma, puro instinto para el placer. (...) El momento en que a la sexualidad se le da significado, peso moral, entonces es adulterada. Los roles sexuales se crean y magnifican presionando a la gente a temprana edad a asumir roles, determinado comportamiento sexual en el que no siempre encajan, se les pide definir sus gustos cuando todavía son vagos y deberían permanecer vagos, si este fuera el caso. Pienso que los roles sexuales son en general un producto de presiones sociales y no el fruto de reales necesidades humanas. Si el sexo no fuera considerado trascendental y moralmente significativo, podría ser tomado ligeramente y las reales necesidades sexuales quedarían en la superficie de cada uno. El resultado del estado actual de las cosas es sólo la represión y adulteración de las reales necesidades sexuales. Es por ello que no pienso que esté bien la formación de una identidad gay. La identidad no debería estar definida por una actividad sexual, debido a que las actividades sexuales no deberían ser consideradas significativas. No debería existir algo como heterosexual u homosexual. Los homosexuales no existen,

hay personas que practican actos homosexuales, pero un aspecto tan banal de sus vidas no debería establecer sus identidades. La homosexualidad no existe, es un invento de la mente reaccionaria. (Romero, 2006: 400-401)

En este punto es posible poner a Puig en relación con una línea de pensamiento que a comienzos de los '80 aún se encontraba en el porvenir: la teoría queer. Nacida en la academia estadounidense en 1990 de la mano de Teresa De Lauretis, esta perspectiva fue propuesta como una manera de deconstruir el modo en que se pensaba la sexualidad y plantear una alternativa que permitiera “dejar de pensar a las homosexualidades como algo marginal en relación con una forma de la sexualidad (la heterosexualidad) estable y dominante frente a la cual podían ser definidas por oposición u homología” (Arnés, 2023: 515). Contraria a cualquier visión esencialista o naturalista, la teoría queer pone el foco en las “múltiples prácticas que dan forma a los sexual” (Arnés, 2023: 516) y propone una mirada sobre la sexualidad de las personas como construcciones sociales discursivas, fluidas, plurales y continuamente negociadas.

Como la teoría queer, Puig también rechaza las categorías universales y fijas (como varón, mujer, heterosexual, homosexual, etc.), en tanto considera que están sujetas a restricciones impuestas por una presión social equiparable a la heterosexualidad obligatoria de la que hablaba Rich. Fundamentalmente, la teoría queer no construye ni defiende ninguna identidad en particular, sino que, basada en el posestructuralismo y la deconstrucción, trabaja para hacer estallar los supuestos universales en lo que Deleuze y Guattari llamaron “los mil pequeños sexos” (2002): múltiples combinaciones moleculares que ponen en juego al sujeto consigo mismo y en relación de cada uno en el otro con lo animal, lo vegetal, etc. Como la teoría queer, Puig respalda la plasticidad de la naturaleza sexual humana, en la que el sexo no se entiende en términos morales, sino en términos de erotismo, posición jerárquica o responsabilidad social. Tanto para Puig como para la teoría queer, el concepto de orientación sexual estaría mistificado, resultando ficticio y



limitante, al considerar a cada ser humano más diverso que cada categoría por sí misma y debiéndose calificar en su lugar cada acto, fantasía o deseo puntual.

La hipótesis final de Puig en “La pérdida de un público” reemerge en distintas oportunidades a partir de entonces, pero su figuración más destacada se encuentra en el artículo “El error gay”, publicado póstumamente por la revista *El porteño* en 1990. Si bien se trata de documentos que tuvieron escasa difusión, su conservación en el Archivo Puig da cuenta de la importancia que él otorgaba a su política sexual.

Para terminar, resulta clave el carácter utópico que Puig otorga a su política sexual. Para el pensador cubano José Esteban Muñoz lo queer “trata principalmente del futuro y la esperanza” (Muñoz, 2020: 45) y, si bien aún no ha llegado, existe “como una idealidad que puede destilarse a partir del pasado” (Muñoz, 2020: 29). Contra la temporalidad heterolínica y el orden teleológico, lo queer (como el archivo) hace saltar el continuum de la historia, tal como lo querría Walter Benjamin. En busca de este desarreglo sintáctico del tiempo, Muñoz acude al pensamiento de crítico estadounidense Douglas Crimp y su hallazgo de “lo queer antes de lo gay”. Según Crimp, es posible encontrar en el pasado “rastros de utopía” que permiten constatar que en la historia de las disidencias sexuales hay una latencia que puede volver al presente en una mirada crítica y así imaginar un futuro distinto. Para Crimp, lo gay (en términos del paradigma que adopta la homosexualidad hegemónica luego de Stonewall) viene antecedido por lo queer, no porque haya existido desde antes, sino porque su potencial ya se encontraba ahí. Para dar cuenta de esa coordenada, Muñoz propone un corrimiento del “aquí y ahora” al “entonces y allí”. Desde esta perspectiva, es posible leer la política sexual de Puig como un indicio de colectividad futura “qué se manifiesta como iluminación de un horizonte de existencia” (López Seoane, 2023: 93).